

al automóvil, que permite la detención para admirar la hermosura de un claustro gótico, que permite el gustar en una posada las setas o la perdiz.

Tenía gusto infinito por lo antiguo el maestro que ahora nos deja, conocía el tiempo pasado como si en él hubiera vivido, como si hubiera sido un habitante más de Grecia, de Roma o de París, pero conocía también y lo entendía, lo comprendía con mentalidad joven y clara, la misma que le alumbró hasta la hora de su muerte, este tiempo nuestro que también fué el suyo y del cual escribió bellas y profundas cosas.

Sabía, comprendía y amaba don Eugenio las cosas buenas, profundas y eternas del sentido liberal de la vida, pero comprendió, cuando sonó la hora de nuestra guerra, quiénes eran los unos y quiénes los otros, y fué uno de los primeros hombres de Letras, ya con grado de maestro en ellas, ya con nombre universal que vistió la camisa azul de la Falange.

En Pamplona, la mejor sede del carlismo, pero también sede de la Falange antigua, veló las armas falangistas con muy buenos padrinos. A la Falange había de dar don Eugenio infinitas páginas de su prosa bellísima. Larga teoría de artículos en su mejor explicación y defensa, teoría de artículos que es imposible de citar, pero si todos no pueden nombrarse es obligado el hacerlo con el dedicado a Pilar, con aquellos otros en torno a José Antonio. El uno y el otro, otros que también se nos van de la memoria, merecen la Antología. Pero acaso sobre esta Antología de escritos está la de los hechos, la de los gestos.

Yo creo que es bonito traer aquí el recuerdo de cuando en días de azar y de guerra, en las horas que Europa estaba en desvíos con nosotros, don Eugenio hablaba alto

para ir a salvar a Suiza las obras del Museo del Prado.

Recordar cuando vistiendo la camisa azul de la Falange con las cinco flechas enyugadas cruzaba por las calles de Coimbra la universitaria.

Allí, en Coimbra, sede de cortesía, universidad con Salamanca y con París, viejas de muchos años, cargadas de muchas glorias, se doctoró una tarde de diciembre, «doctor honoris causa», Eugenio d'Ors. Se doctoró y a los aplausos de aquella intelectual Asamblea, no saludó el maestro con la ritual inclinación de cabeza. Don Eugenio saludó a los universitarios, a las gentes de Coimbra que le escuchaban, alzando el brazo a la romana.

Doctor en Coimbra y doctor en Aix en Marseille, don Eugenio tenía asiento en la Academia Española y en la de Bellas Artes.

A la una dió infinidad de palabras, vocablos que sin ser nuevos no estaban en el Diccionario; a la otra, acaso le dió muchas más cosas.

Toda una serie de imágenes encadenadas están ahora ante nosotros en esta triste hora de trazar su perfil humano, de contar cosas de su vida con toda sencillez, de decir cómo en sus escritos lo profundo era claro, la emoción era grande.

Cuando aún casi, casi se oían los cañonazos de los frentes del Norte, en San Sebastián, que era capital de las finanzas y de las letras y hasta un poco de las elegancias, levantó él las Academias. Puede decirse que las puso en pie bajo las cúpulas pintadas por Sert en la Abadía de San Telmo, y con los nombres preclaros y las proluiones de Machado y Pemán, se oyó la voz del pintor de aquellas maravillas, la del pintor y la de Ors, que fiel a la cultura rendía a ésta un servicio de primera magnitud. Un